

INMACULADA CONCEPCIÓN DE SANTA MARÍA VIRGEN

Alégrate, llena de gracia

Por Alfonso Martínez Sanz

Lecturas: Génesis 3,9-15.20; Efesios 1,2-6, 11-12; Lucas 1, 26-38

1. Es ésta una de las fiestas principales que la Iglesia celebra en honor de la Virgen María. En ella celebramos los católicos uno de los privilegios con que Dios adornó a Santa María: su concepción sin mancha de pecado original en previsión de los méritos de su Hijo Jesucristo. El Papa Pío IX lo proclamó solemnemente en el año 1854 y, cuatro años más tarde, lo confirmó, en Lourdes, la misma Virgen María, cuando, al preguntar la vidente a la Señora que quién era, Ella respondió: *“Yo soy la Inmaculada Concepción”*. Durante siglos, antes de la definición dogmática, la fiesta ya se celebraba en muchísimos lugares de Oriente y de Occidente.



Si siempre, en la Iglesia, la fiesta de la Inmaculada ha tenido y tiene entre los fieles un tirón fuerte en su vida cristiana, este año lo va a tener de un modo especial por lo que expresan estas palabras de la **Bula *Misericordiae Vultus***: *hay momentos en los que de un modo mucho más intenso estamos llamados a tener la mirada fija en la misericordia para poder ser también nosotros mismos signo eficaz del obrar del Padre. Es por esto que he anunciado un Jubileo Extraordinario de la Misericordia como tiempo propicio para la Iglesia, para que haga más fuerte y eficaz el testimonio de los creyentes. El Año Santo se abrirá el 8 de diciembre de 2015, solemnidad de la Inmaculada Concepción. El pueblo cristiano comienza de la mano de la Madre Inmaculada este Año de gracia, se acoge a la misericordia divina y ruega a su Madre del Cielo que le mire con ojos misericordiosos.*

2. La primera lectura de esta solemnidad nos recuerda el origen del pecado y la promesa de Dios de enviarle un Salvador que nacería de mujer. Dios había creado a Adán y a Eva a su imagen y semejanza. Les había concedido los dones que eran propios de su naturaleza. Les había adornado, además, con los dones de integridad, de ciencia infusa, de impassibilidad y de inmortalidad. Y, por si esto fuera poco, los elevó al orden sobrenatural, dándoles la gracia santificante y quedando, por ello, hechos hijos de Dios y participantes de la naturaleza divina. Realmente eran una maravilla, ¡una maravilla divina!, ante la que las maravillas humanas simplemente son un ligero resplandor.

El drama llegó cuando, dejándose tentar por el diablo y llenos de soberbia, desobedecieron a su Creador y Padre, cometiendo el pecado original, origen de todos los pecados que vendrían después. A pesar de su gravísimo pecado, Dios,

sin embargo, no abandonó al que había creado tan bello y tan digno. Movido por su **gran misericordia**, le prometió que sería salvo por el linaje de una mujer, la cual estaría en **perpetua** enemistad con el demonio tentador. Esa mujer tan singular es la Santísima Virgen María, concebida sin pecado original (1ª lectura) y llena de gracia desde el primer momento de su concepción (evangelio). Aquí comenzó la historia de la salvación. **Realmente la misericordia de Dios es infinita y eterna.** La Concepción Inmaculada de María es fruto precioso y generoso del amor y de la misericordia de Dios hacia los hombres.

3. Por ser todopoderoso, Dios podía hacerlo. Partiendo de esta premisa, los teólogos y autores cristianos añaden otra: convenía que lo hiciera, porque en su seno iba a llevar al Hijo eterno del Padre, santidad infinita. Y concluyen: luego lo hizo. Si nosotros hubiéramos podido hacer a nuestra madre, le hubiéramos dado con toda seguridad todos los dones y cualidades que estuviera en nuestras manos poder darle.

Tal como hemos escuchado en el evangelio proclamado, el ángel en la Anunciación llama a María *“llena de gracia, el Señor esta contigo”*. Con esto le está diciendo lo que, de forma solemne, aclama el prefacio de este día: *“Porque preservaste a la Virgen María de toda mancha de pecado original, para que en la plenitud de la gracia fuese digna Madre de tu Hijo... Purísima había de ser... la Virgen que nos diera el cordero inocente que quita el pecado del mundo”*. Purísima había de ser la mujer de la que habla el protoevangelio (Gen 3,15), y purísima fue la sencilla doncella de Nazaret, de nombre María, a la que Dios escogió para ser su Madre y también nuestra. Los humanos somos liberados de ese pecado de origen por el bautismo, la bendita entre todas las mujeres fue liberada del mismo, siendo preservada, sin caer en él, por los méritos de Jesucristo su Hijo.

4. La Virgen Inmaculada, limpia y pura es el fiel espejo que refleja a la perfección la pureza y santidad de Dios. Además, es por ello espejo, en el que debemos mirarnos, modelo que hemos de imitar. Sólo los limpios de corazón verán a Dios, según las bienaventuranzas de Jesús. La Virgen Inmaculada nos habla de limpieza moral en sentido amplio. El cristiano ha de vivir la santa pureza con la máxima delicadeza, por supuesto, pero igualmente debe promover la limpieza moral en todo: en los negocios, en la política, en las diversiones, en público, en privado, en el pensar, en los deseos y en las obras.

Con la ayuda maternal de nuestra Madre Inmaculada así hemos de intentar vivir. Sin embargo, hemos de reconocer que podemos ser débiles ante las tentaciones, dejarnos llevar por ellas y caer en el pecado, incluso grave. ¿Qué hacer entonces? ¿Seguir caídos por vergüenza o desánimo? ¿Desconfiar del Señor? Escuchemos la respuesta a estos interrogantes. Nos la da el Papa Francisco: *ante la gravedad del pecado, Dios responde con la plenitud del perdón. La misericordia siempre será más grande que cualquier pecado y nadie podrá poner un límite al amor de Dios que perdona.*

5. ¡Que la Virgen Inmaculada nos ayude a no olvidar nunca estas palabras!